

Título: Quitapenas
Autor: Luis López Galán

El sol relucía espléndido cuando Oriol entró al cuarto de estar. Los rayos de luz eran robustos y traspasaban la ventana como si los cristales estuviesen hechos de azúcar. Si se rompiera, si algún pájaro chocara con la ventanita en su vuelo y con el impacto hiciera que el cristal se estallara en pedazos cortos, se quedarían todos, en ese caso, como piruletas pequeñas y transparentes esparcidas por la alfombra.

Llegó hasta la mitad de la habitación y se plantó la mano en la frente como si fuera una sombrilla porque el sol le estaba obligando a empequeñecer sus ojos, a entrecerrar los párpados, a mirar a través de una línea delgada. Allí estaba el cristal, nada de pájaros, nada de azúcar, y también el sofá de la abuela.

Últimamente habían pasado dos cosas y esas dos cosas que habían pasado habían puesto a toda su familia en un ánimo extraño, uno que no le gustaba demasiado, se había terminado por decidir. Las dos cosas eran dos viajes, pero dos bien diferentes. El primero había sido el viaje de papá, que se había tenido que marchar hacia una semana a algún sitio lejano de esos a los que tiene que irse a trabajar. Para Oriol aquello era siempre emocionante, en eso no podía mentir: papá viajaba por todo el planeta, descubría lugares desconocidos, hablaba con gente que entendía otros idiomas, idiomas antiguos, y regresaba de todos con piezas mágicas, juguetes insólitos, objetos del pasado. Una vez apareció con una caja de madera, una pequeña y con símbolos rojos y verdes en una de las tapas. Pensó Oriol al verla que aquel viaje no había sido nada provechoso, había regresado con una simple caja en las manos, pero la pieza contenía un enigma fantástico porque sólo existía una manera de abrirla y pocos en el mundo la conocían: el vendedor del mercado, un hombre de mirada profunda, cejas bien pobladas y turbante de seda morada, papá y, después de tenerla en sus manos, Oriol. Se accionaba dando un golpecito en una de las tapas, que a su vez abría un cajón secreto en el fondo, y este escondía una llave. Así hasta dar con una cerradura diminuta para abrirla por fin del todo. ¡Enigma resuelto! Qué alegría de tarde aquella en la que papá regresó con la caja. Y eso que la primera impresión había sido tan decepcionante. No se debe dejar llevar uno por las primeras impresiones.

Se había ido ahora, hacía una semana, pero el ambiente de la casa era distinto. En esto influía la segunda cosa, el segundo viaje. La abuela lo había emprendido hacía un mes. O un mes y pico, a Oriol se le escapaban por los dedos los asuntos del tiempo, tan soporíferos en la mayoría de las ocasiones. Recordaba el silencio, sobre todo. Una tarde, mamá entró a la sala con alergia en los ojos, aunque no era primavera, quién sabe. Llegó hasta donde él estaba, tirado en la alfombra con ese puzle imposible, ese que a ver si un día logra terminar, se arrodilló un poco, como si se quisiera marchar incluso antes de hacerlo, le dio un abrazo apretado y le dijo que Marisa iba a quedarse con él el resto del día. Apretó los labios el muchacho, pues ya sabía que se le iba a convertir la tarde en un silencio eterno. Marisa es simpática, no diría él nunca lo contrario, pero se mete en

sus libros y de ahí no hay nadie que la saque. Dejó el puzzle, sacó canicas y piezas de *jenga* y se puso a construir con ellas una ciudad encantada en medio de las selvas de Brasil. Su padre, claro, estaba bien representado por la canica más gorda, esa que valía más puntos si uno decidía cambiarla en el recreo. Pero, claro, a ver quién era el valiente que se quedaba sin canica gorda en la colección.

Mamá y papá regresaron cuando Marisa debía estar acabándose la novela. Leía esa mujer con una rapidez que no era humana, o eso pensaba Oriol al verla pasar páginas y páginas, que parecía que se las llevara el viento. Se fue la vecina de vuelta a su rellano y sentaron los otros dos al muchacho en el tresillo verde. Era mullido, pero sobre ese se sentía incómodo. Veía a papá y a mamá ver películas en él, cenar allí en las noches de los viernes, pero a Oriol le gustaba más la alfombra, que le hacía cosquillas en las plantas de los pies, o el sofá de la abuela, si es que ella no estaba en él.

Lo tocó con las manos, una vez sentado, y pensó que aquel no era su sitio, pero que debía aguantarse, porque ya era más mayor y había notado que para los mayores eso de aguantarse las cosas era una tarea obligada. Mamá seguía con la alergia, papá estaba serio. Habló él y lo hizo sobre la segunda cosa, sobre el segundo viaje: el de la abuela. «¿Se ha ido a uno de esos sitios a los que te vas tú a veces, papá, a hablar en idiomas extranjeros?», le dijo que no. «¡Ah! Está de fin de semana en el pueblo ese de la playa, con su amiga Chelo», no y no, y además aquel día era martes. Tenía que empezar a controlar aquellos asuntos del tiempo mejor, definitivamente.

Como sus caras eran largas, Oriol entendió enseguida lo que había pasado. Lo había visto en muchas películas. También en algunos dibujos animados, ahora que era más mayor y le dejaban ver algunos otros, e incluso series. La abuela había muerto y así se lo dijo a papá y a mamá, que lo abrazaron.

Con esos dos viajes, parecía que ahora en la casa siempre estaba Marisa: silencio en todos los rincones, silencio que iba creciendo como si fuera polvo. El paso de los días hizo que Oriol se diera cuenta de que todo aquello significaba que el sofá de la abuela iba a estar siempre libre. Mamá intentó que se sentara allí la noche en la que papá se tuvo que marchar a su viaje, pero él no quiso. Sentía una punzada rara dentro del pecho cuando lo rozaba, y así supo lo que se sentía cuando alguien emprendía ese viaje, el segundo.

Regresó al cristal, que seguía sin ser de azúcar, dejó aquellos pensamientos y escuchó el zumbido metálico del cerrojo. Un golpe, dos, el tirador arrastrando el hierro, la queja de la puerta al abrirse. Aquello sólo podía significar una cosa: papá estaba de regreso.

Se quedó de pie en la alfombra. Cuando estaba así, de pie, no le hacían los hilos de la alfombra tantas cosquillas, funcionaba mejor eso si estaba sentado. Esperó y esperó hasta que atravesó el umbral de la sala y se le arrodilló delante. Sonrió, tenía la piel más morena, dijo que venía de Guatemala y que el vuelo había sido largo y turbulento. Turbulento, sí, eso dijo. No se enteró del

todo Oriol, pues lo único que hacía era mirar la bolsa de tela que le pendía de las manos. Sonrió el padre, a sabiendas de que lo único que quería el hijo era saber si el contenido de la bolsa era o no para él, y lo cogió en brazos para llevárselo en volandas hasta su cuarto.

Habían pintado las paredes de azul y habían pegado, a petición de Oriol, estrellas en el techo, de esas que brillan en la oscuridad pero que apenas se ven durante el día, como las de verdad.

Lo sentó en la cama tras el vuelo y le puso la bolsa de tela en las manos. Le explicó que había vidas dentro, «¡vidas!», y que debía cuidarlas muy bien. Se quedó mirándola unos segundos, desenlazó la cinta con sumo cuidado, le tiritaron un poco los dedos. Unos muñequitos bien graciosos le esperaban en el interior de la tela: del tamaño de un dedo cada uno, los ojos achinados, el cuerpo de hilos de colores. Contó siete, parecían una familia, allí dormidos, entre sus manos.

Papá le explicó que no habían dado ni un ruido durante el viaje desde Guatemala, esa tierra lejana, y que allí, en su lugar de origen, se los llamaba a todos ellos Quitapenas. «¿Es su apellido?», le dijo el padre que sí, que era algo así. Tenían un funcionamiento sencillo: por la noche, uno sacaba a su favorito de la bolsa, le contaba algún dolor y lo metía debajo de la almohada, porque era allí donde ellos preferían estar. Cuando despertaba, el Quitapenas se había llevado el dolor a algún lugar desconocido para el humano. Levantó las cejas y decidió esperar. Ya había juzgado antes de tiempo uno de los regalos de papá, la caja de los misterios, y no quería volver a hacerlo, había aprendido la lección.

Llegó la noche y papá se escondió con mamá en su cuarto. La luz se apagó, las estrellas del techo del cuarto se encendieron. Eran fosforitas, le gustaba mirarlas. La bolsa de tela descansaba en la mesita de noche, la agarró con las manos y sacó a su Quitapenas favorito, al que ya había decidido que lo era en cuanto vio a la familia por primera vez: el de los hilos de color púrpura. Quizá porque le recordaba al turbante del vendedor de cajas mágicas.

Le contó a viva voz que tenía un dolor extraño cuando tocaba el sofá de la abuela. Que se le metía un pincho en el pecho y tenía que apartarse de allí. No reaccionó el muñeco, pero supuso que así funcionaba el asunto. Acarició su cuerpo de hilo con un par de dedos, sonrió un poco, le dio también las buenas noches, por eso que decían sus padres de ser educado, y lo metió debajo de la almohada. Le daba miedo que no pudiera respirar, pero esas eran las instrucciones.

Por la mañana, papá lo despertó con un beso en la frente. Abrió los ojos, todavía sin ver del todo, y llevó la mano debajo de la almohada con rapidez. Al Quitapenas se le habían deshilado los picos del vestido y Oriol se asustó. «No pasa nada, cariño, así funciona la vida», le dijo papá, y continuó: «Mira, sigue tirando de la punta hilo, deshazlo hasta que te quedes con un ovillo en la palma de la mano. Cuando lo tengas, podemos coser otro Quitapenas. Uno se va, pero otro viene, es un ciclo natural». Asintió Oriol, lo entendió. Unos van, otros llegan.

Se había perdido en los cálculos del tiempo, como siempre, pero se dio cuenta de que era viernes. Llegó la noche y los padres se acoplaron en su tresillo verde a la hora de la cena. Oriol se lo pensó, pero recordó la nueva vida de su Quitapenas, recordó los viajes. Pensó que la abuela se había ido, pero que alguien habría llegado al mundo por ella, igual que había ocurrido con su muñeco púrpura. Se acercó al sofá de la abuela, lo rozó con los dedos, sonrió. Ya no había punzada, se sentó y decidió que, a partir de entonces y si era viernes por la noche, nunca más se sentaría en la alfombra.